CUADRO DE COSTUMBRES

UN MANOJITO DE HIERBA

Carta dirigida a los señores don José Joaquín Ortiz y don Máximo Vergara

I

DE BAYONA A SAN-MALO

Estimados amigos míos:

Al remitir a ustedes un puñado de hierba que hallarán adjunto, tengo que contarles una larga historia que les explique la de mi regalo. Mas como nadie nos urge, y hay el remedio, en caso de que les parezca muy larga esta carta, de no leerla o de dejarla para el año siguiente, no extrañarán ustedes que vaya larga, muy larga en efecto. Para ello tengo que referirles una página de mis viajes, y si me he equivocado en la cuenta y no es una página sino cinco o diez, apliquen ustedes el remedio indicado.

Venía yo de España, un si es no melancólico por dejar (y para siempre tal vez) aquella patria de nuestra raza y cuna de nuestros abuelos. Como si no tuviese ya de sobra dolorosos recuerdos, había ido a conocer y amar amigos que debía ver por poco tiempo y dejar de ver para siempre. A esto se agregaba el triste aspecto de la Francia, por donde venía yo, de viaje para mi patria.

Su triste aspecto se debía a la doble influencia del invierno y de la guerra, que a un tiempo agostaban y destrozaban aquel hermoso suelo; pero hay! el invierno llevaba en sí mismo el germen de la futura vida y hermosura, y la guerra no encerraba ninguna promesa de primavera! Aquellas hermosas landas de Bayona que yo había conocido llenas de follaje y que me recordaban las llanuras de mi América eran ahora un campo muerto, quemado por el frío. Burdeos, que había visto en tiempo de paz y de primavera, lleno de gentes y de flores, rivalizando en movimiento y animación con París, estaba ahora solitario; y cuando salía a recorrer sus calles las encontraba desiertas, o si había algunos grupos eran de gentes de guerra. Su poderoso Garona, aquel río que cantó Marcial y que gemía bajo el peso de cien y cien naves que traían a la hermosa ciudad los ricos productos de América y de Asia, para llevar en torno los brillantes géne-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

ros franceses, no tenía ahora sino unos pocos barcos que aguardaban la hora de la salida para volver a recorrer los mares, con las velas caídas o las chimeneas apagadas, como aguardan los caballos en el establo y los perros en el patio, con las orejas caídas y los fuertes músculos en reposo, a que vuelva a empuñar la trompa de caza el amo enfermo. ¡Ay! en esta vez el amo enfermo era la Francia; y sus caballos y sabuesos del mar ya no podían salir a cazar la gloria o la fortuna en las olas.

Quince días permanecí en Burdeos aguardando a que hubiese buque para Inglaterra, para donde se iban mis compañeros de viaje, a quienes no quería abandonar sino cuando los hubiera visto en camino seguro para Londres, donde debíamos volver a juntarnos, pues yo me iba por tierra a buscar otro puerto (después diré por qué) para pasar el Canal. Quince días aguardamos, y la comunicación antes diaria con Inglaterra permanecía muerta. Durante aquellos días entretenía el ocio en ver los preparativos que se hacían en el elegante edificio del teatro para convertirlo en local de la legislatura, que se había de reunir allí a representar la última escena del sangriento drama de la guerra prusiana. De vez en cuando corría el pueblo a ver entrar los actores que venían a representar sus papeles ensayados. Uno de ellos traía camisa roja y una cara de anciano: se llamaba Garibaldi. Otro, también con canas y arrugas, pero vestido con traje civil, llegó en esos días: era Víctor Hugo. Otros dos ancianos vi entrar también: uno de ellos ágil y de miradas juveniles: era Thiers, y otro lleno ya de canas, pero menos viejo que los que he nombrado: era Julio Favre. Así vi desfilar de uno en uno muchos de esos hombres a quienes ha tocado la triste suerte de asistir a sus mismos funerales y de poder hablar con su posteridad. Todo era análogo en aquellas escenas: el rigor de la estación y el de los destinos de Francia; la nieve que cubría los árboles y la barba de los personajes, y la tristeza que se sentía en la atmósfera y en los ánimos.

Salí de Burdeos en los momentos en que la larga agonía de Francia terminaba por un *consummatum est* en el tratado que Thiers no pudo anunciar a la cámara, porque los sollozos le embargaron la voz. Yo no quería salir de Francia por aquel puerto, sino por otro que iba buscando para visitar memorias y tumbas: iba a embarcarme en Saint-Maló. En el mismo día llegué a Nantes, que no me recordó en esta vez como en la primera que la vi, su famoso edicto, ni sus terribles escenas de 1791, ni el nombre del monstruo que salió de su seno. Recuerdos menos lúgubres y solemnes me vinieron en el momento en que saltaba del tren a los anchos andenes, y me dirigía desde la orilla del Loira por sus viejas e históricas calles a buscar mi antiguo alojamiento. Un amigo, que estaba en la campaña, había regresado por casualidad y con una licencia de pocos días a su ciudad natal y llegaba a ella en los mismos momentos que yo. Pasé la noche con él y con otro amigo que firmaba humilde y modestamente con un gran nombre: era descendiente directo de Montesquieu. Puede, como los Borbones, escribir la historia de su familia por la de la Francia. Cada una de las vicisitudes de la gran nación ha aumentado las de su familia; y la última, la que estaba atravesando, lo había arrojado de su casa en París a encontrarse en nuestra modesta casa de la calle de Crebillón con el más desconocido americano, de quien hizo un

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

amigo suyo. Conversamos largamente durante la noche: él me refería historias ya estériles de su raza y de su pueblo, y anécdotas tradicionales del autor del *Espíritu de las leyes;* otras veces me hacía conocer sus modestas aspiraciones y calculaba conmigo las probabilidades del tiempo en que volvería a ver a su anciano padre, que se había quedado en París. La aurora empezó a disolver las sombras del cielo en una dulce claridad. Era la hora de la partida del tren en que yo debía seguir, y me despedí de él con un adiós que no pensé había de ser "hasta luégo", engañado en esta vez como en otras en que diciendo un "hasta la vista" ignoraba que estaba dando un adiós.

Despedíme, salí a la calle, oscura y solitaria todavía y que hubiera estado por entero silenciosa si no se hubiera percibido el chirriar del tosco carretón en que un mozo de cordel traía mi equipaje. Llegué a la estación, tomé mi billete, acomodé mi equipaje de mano junto a mí, después de haber entregado mis baúles en la oficina. El tren se movía ya como un caballo que se apresta a caminar; el vigilante de los carros pasaba cerrando portezuelas; el silbato sonó y el tren se puso en movimiento, y yo hundía mi mirada entre la oscuridad tratando de ver por última vez a Nantes, cuando por entre la ventanilla pasó un brazo y sentí una mano que cogió la mía: era la de Montesquieu que venía a darme el último adiós, trayéndome las llaves de mis baúles que había dejado yo olvidadas en la chimenea de mi cuarto. Sin su afectuosa solicitud hubiera pasado yo en el camino todos los trabajos de quien no trae nada o trae una arca cerrada, que viene a ser lo mismo. Hubo tiempo de recibir las llaves y el adiós, y el tren salió de su madriguera bufando y azotando sus crines de humo, y se lanzó por los campos.

Corrimos, corrimos sin cesar hasta el punto en que debía dejar yo aquella línea que me hubiera llevado a Napoleón-Ville y me desmonté allí con prisa, pues el tren de Saint-Maló que debía tomar iba a llegar al instante, y apenas habría tiempo para tomar el billete, entregar el equipaje y subir al coche. Mi prisa fue inútil, porque pasaron minutos y el tren no parecía; pasó media hora y el telégrafo no lo anunciaba; pasó una hora y el telégrafo de la más lejana estación, interrogado por el del lugar en que yo estaba, contestó que aún no tenía noticia de él. Había, pues, dos horas de expectativa, y me fui a almorzar al restaurante de la estación. Sabida es la puntualidad y fijeza con que llegan los trenes: la tardanza, pues, no se explicaba sino por la guerra. A las dos de la tarde mis ojos, clavados en la aguja del telégrafo, la vieron moverse, y al punto me dijo el telegrafista: *ahí viene.* Un cuarto de hora después llegó en efecto el misterioso animal como rabioso por la tardanza. El viento frío del invierno despedazaba la columna de humo que salía de la chimenea y el vapor acezaba como un caballo fatigado. Entró rugiendo en la estación y se paró a un silbido del jefe. Hubo media hora más de detención y durante ella me entretuve en recorrer la línea de coches. Tras de los de la máquina que traían el nombre de la línea, venían otros, los de pasajeros, con los nombres de muchas otras líneas francesas. Allí encontré los coches de la línea de París a Versalles. Aunque no hubieran tenido el letrero, yo los habría reconocido por su color de caoba y por su elegante interior. Aquellos trenes de placer destinados al paseo domini-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

cal; esos coches que yo había ocupado tantas veces yendo a Versalles; aquellos elegantes coches que vi siempre llenos de gentes dichosas, habían venido huyendo también de la invasión y empujados de estación en estación, de línea en línea, habían concluído por salvar sus fronteras y se encontraban ahora no solo lejos de su comarca nativa sino convertidos en coches del común. En vez de las elegantes y perfumadas damas que llevaban a pasar un día de fiesta en la corte del Rey Sol, se veían ahora atestados de soldados, de comerciantes o de rústicos lugareños. *¡Quantum mutatus ab illo!* Tomé de preferencia uno de aquellos coches, por cariño a los amigos ausentes, en vez de tomar algunos de los otros que venían desocupados, y esta preferencia me fue fatal. Siempre lo ha sido a los intereses el culto a los recuerdos; pues así como el corazón no va bien entre el portamoneda, las monedas, o sean los intereses materiales, se escurren cuando se les echa entre el corazón. Subí y me posesioné de un rincón: acaso en ese mismo iba la última vez en que me rodeaba una familia que en el suelo extraño me improvisó familia y patria. Mas ¡ay! en vez de aquella hermosa y tierna madre iba a mi lado un sacerdote desconocido, de cara austera que me miraba con malos ojos porque mi saco de noche puesto a mis pies incomodaba los suyos. En vez de aquellos niños cuya ruidosa y expansiva alegría diluía mi tristeza, compañera constante, tenía al frente unos zuavos que me miraban de hito en hito para descubrir en mi fisonomía forastera si yo era prusiano. Fuese como fuese, no quise abandonar mi puesto ni cambiar de coche, por estar una vez más con algo amigo aunque fuese una tabla. El tren empezó a rodar y las reclamaciones del sacerdote contra mi maleta empezaron también. Por fortuna, apenas se estableció una ligera y superficial conversación, cayeron las antipatías; el sacerdote vendeano me perdonó mi maleta y los zuavos se convirtieron en amigos míos, puesto que me ofrecieron una parte de su almuerzo que tomaban sobre las rodillas. Rehusé los alimentos, pero acepté un trago de vino tomado no a boca de jarro, pues no lo había, sino a boca de botella que era el vaso. ¡El trago era a la salud de las armas francesas y de las armas pontificias! Decía yo a mis compañeros ya completamente humanizados conmigo: un día un paisano vuestro, un bretón, tomó también un trago en mi América, y hoy lo tomo yo con sus bretones, en los momentos en que voy a buscar su tumba. ¡Por la gloria de Francia católica! añadí llevando a mis labios la botella; ¡la Francia no hubiera sido vencida si, como en tiempo de Juana de Arco, hubiese llevado una cruz en sus pendones y en la empuñadura de su espada!

¡Figúrense ustedes, mis buenos amigos, cómo sería recibido ese brindis por un sacerdote vendeano y por dos suavos de Chanzy! Cuando llegamos a la estación próxima bajó el clérigo con otros compañeros. Nos quedamos solos mis dos zuavos y yo, y apenas se cerró la portezuela me dijo uno de ellos:

—*¡A présent, à nous deux!*

Esto quería decir que había que concluír con la botella, y el compromiso era todavía más urgente porque el otro zuavo, tomando la botella agregó:

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

—*¡A la gloire des heros des Queseras del Medio!* (Las Queseras del Medio).

Yo les había contado esa batalla para amenizar el ocio del viaje, o el ocio de mi corazón. El sacerdote a quien había contado que en nuestra guerra de independencia habíamos tenido un padre coronel Mariño, que combatió como un bretón, se había interesado en mi relato; a los dos zuavos a quienes había referido que 150 compatriotas míos habían batido 5.000 vencedores en Bailén, se les hacía la boca agua. Las cuerdas de la religión y de la independencia resuenan siempre en los corazones bretones, y a juzgar por el mío el de los colombianos.

Y siguió la conversación más animada. Uno de mis dos zuavos era delgado, tenía barba negra, ojos brillantes, negros y valerosos y una pierna baldada, que le hacía cojear del lado contrario al de la espada. Era católico y estaba herido porque había peleado como soldado aunque era capitán. ¿No tenía yo razón en recordar al coronel Jacinto Ruiz? El otro era fornido de pulso y ancho de espaldas; tenía, a pesar de su musculación hercúlea, cara bondadosa y llevaba barba entera de color castaño. Este me recordaba a otro compatriota: a Carlos Urdaneta. Mientras la conversación iba cada vez más cordial, el tren expreso avanzaba rápidamente dejando a un lado y a otro pueblos y castillos, y acercándose al mar. Por desmontarme y llegar a uno de esos castillos que, según me decían mis compañeros, no quedaban muy lejos, hubiera dado algo; pero era imposible. Tenía urgencia de llegar a Saint-Maló para poder hacer lo que iba a hacer y no perder el buque que, según mi libro de viaje, debía partir al día siguiente para Inglaterra. Para conseguir ambos fines contaba con hacer mi piadosa romería a la luz de la luna, si la había, o entre las sombras, como habíamos caminado siempre aquel grande hombre cuya tumba iba a buscar y el desconocido salvaje que iba a buscarla. Así como un árbol y una hierba del suelo pueden contemplar a un mismo tiempo el abismo del Tequendama, en cuya orilla han nacido, sin que la majestad y alteza del uno sea un título para verlo más que la humildad de la otra; así hemos nacido al borde del abismo de las pasiones el hombre cuya tumba buscaba y yo. El, el árbol que se inclinaba sobre el abismo desafiándolo y ofreciéndose a la admiración del pasajero; yo, la hierba que el mismo pasajero huella.

Por eso me detuve para entrar al castillo a donde fue René a buscar motivos para llorar más, y pasé mirándolo. ¡Ay! ¡el tiempo es la mejor riqueza de los ricos y la peor angustia de los pobres! Los ricos compran tiempo y los pobres lo perdemos sin poderlo fijar en un solo placer. He aquí la diferencia.

El tren se detuvo al fin, yo salté a un suelo desconocido, y no sabía por cuál calle había de tomar; pero mis dos zuavos se adelantaron a mi incertidumbre, y tomando cada uno una de mis maletas, me dijeron: *por aquí*, y echaron a andar. A pie, como un verdadero peregrino, entré a la ciudad de Saint Maló.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

II

SAINT MALO

¿Saben ustedes, amigos míos, por qué son tan largas las relaciones de los viejos y tan frescas y rápidas las de los jóvenes? Porque en los primeros los recuerdos son más profundos y se enlazan con todos los otros caminos que surcan el corazón, como los caminos comunales que salen a un camino real; al paso que en el corazón de los jóvenes hay un solo camino recto. Por eso mi relación es también larga. Un joven hubiera empezado por contar lo que iba a contar: yo, viejo de pesares aun más que de años, tengo ya la manía de los recuerdos, como los octogenarios. Las memorias se enlazan místicamente en el alma: por seguir tras una hay que recorrer otras, hasta que, a la aventura, se encuentra la que se busca. Los años se enredan entre sí en la memoria como serpientes entre su nido; duermen enroscados. Una vez que uno ha tomado esa manía de divagar, huyendo de nombrar su dolor, porque no lo olvida, contrae esa costumbre para todo. He aquí por qué voy rodeando, por qué no voy derecho a mi objeto. Por otra parte, el viaje tan solitario que hice en esta vez me sirvió de prólogo para venir a ver una tumba, y por eso lo he contado.

Estábamos ya en Saint Maló. Yo había encontrado felizmente posada en la misma calle que había designado a mis compañeros; en ella un buen cuarto y en él una ventana desde donde se abrazaba el horizonte en una grande extensión. Una parte de la ciudad, la muralla diez veces secular, los suburbios cubiertos por la marea, y que por la mañana se ven secos, una parte de la costa y del mar; todo esto se ve desde mi ventana. Por primera pregunta hago la de si parte por fin el buque para Inglaterra mañana, como me lo dicen unos, o si como me lo asegura mi huésped, no partirá porque es domingo, y los protestantes, dueños de la línea, guardan el día. Respuesta negativa; no habrá viaje hasta el lunes: tengo, pues, que pasar todo el domingo en Saint Maló. ¡Qué contrariedad tan agradable! Nunca estuvo más contento un prisionero. Llaman a comer y bajo al comedor. La familia misma a quien pertenece la casa come con los huéspedes, por lo tanto, es una comida de familia la que voy a hacer. Esto tiene su mérito para un viajero. Busco asiento de preferencia junto a los niños, y me encargo de hacerlos amigos míos: al uno le parto el pan, al otro le ofrezco avellanas y al tercero le escancio sidra. Helos aquí que ya charlan conmigo, me preguntan mi nombre y me dan los suyos. Se llaman *Edouard, Elise* y *Auguste*. La madre se ha fijado en que el huésped es amante de los niños, que ha acariciado los suyos, y después de la comida me invita a pasar la noche en su salón, donde una señorita maluína toca piano, mientras los demás conversan o juegan al *ecarté*. Yo me enrolo en el grupo de la madre y de los niños, y conversamos hasta las doce de la noche, en que me retiro a mi cuarto.

Al día siguiente al abrir mi ventana lo primero que veo en la plazoleta es mi zuavo cojo que me aguarda para darme los buenos días y una carta que hay para mí en la estación y para ir a mostrarme la iglesia en que debemos oír misa. La carta es de Montesquieu y me trae otro

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

adiós. *Soyez heureux*, me dice al fin, *et ne m'oubliez pas*. No está en mi mano lo primero, pero cumplo lo segundo. ¡Pobre joven! El, que me desea felicidad, no la tiene: si la tuviera no se acordaría de la mía, porque el corazón humano, todo corazón humano, es egoísta en la dicha. Se llena y recoge con la felicidad y se expande en un solo dolor. Así es en el mar: cuando está tranquilo, las naves que lo cruzan se apartan; cuando se agita, se encuentran las naves, una que sube en la ola que la lleva, otra que baja al abismo que se abre ahí junto. Ambas van a perecer; y por eso se buscan en vez de huír una de otra; cada una espera que la otra la salvará; ambas obedecen al impulso que las arrastra.

Leída la carta, me aguarda otro momento agradable. Salen los niños y me saludan como a un amigo viejo: nuestra amistad tiene doce años de edad; pero ya es amistad.

Nos vamos a misa. La iglesia está llena; el pueblo bretón es no solo católico sino devoto. Tomo mi silla y abro mi libro. A tiempo de repartir el pan bendito (costumbre fraternal que subsiste en la Vendea y en la Bretaña) el bedel tiene la cortesía de llevarme, no el cesto lleno de pedazos para todo el pueblo, sino una torta en una bandeja. Mi cara morena entre tantas blancas y de ojos azules, les había dicho seguramente que soy forastero y me hacen los honores de tal. Después de la misa me voy con mi constante zuavo (que fue mi compañero por todo el día) a recoger mi equipaje en la estación y traerlo para consignarlo en la oficina de la línea de vapores. Lo consigné a *debe* para pagar su porte al recibirlo en Londres, y el director de la agencia, bretón de aspecto formalote y de hermosa cara, me advierte que pagando el porte allí obtendré un descuento. —Sí, le contesto; pero no tengo aquí dinero sino para mi pasaje, y en Londres podré pagarlo. —Pues entonces, me contestó M. Godín tome usted de mi caja el dinero que necesite y me lo devolverá en Londres.

Refiero esta anécdota porque con ella pinto el carácter bretón: franco, hidalgo, confiado. ¡Dios quiera que las ideas del siglo no se lo varíen nunca!

Una vez cumplidos los deberes del día, pues le basta a cada uno su afán, según la poética y divina expresión de Jesucristo, me volví a casa, almorcé rociando el almuerzo con la seductora sidra bretona, y emprendí mi correría. Para poder conocer mejor la pequeña e histórica ciudad me subí a la muralla y le di la vuelta viendo a la derecha las casas bien encerradas por el muro como ovejas dentro de la cerca del aprisco, y a la izquierda la campiña, los lugares vecinos más o menos lejanos, los canales y esteros que por la tarde llena la marea dejando la ciudad como entre una isla; la playa, una colina pedregosa y por último el mar. ¡El mar, el mar! ¿Qué hombre no se hace poeta al verlo, y qué poeta no enmudece en su presencia?

¡El mar! ¡La extensión, el infinito, la fuerza y la calma! ¡Un monstruo inmenso que se mueve, y en vez de hablar, ruge! Tumba de hombres, de naves, de riquezas y de pueblos; universo no comprendido, imagen terrena de Dios. Yo lo veía y pensaba; pero el telégrafo no hubiera alcanzado a escribir mis impresiones sucesivas con sus rápidos signos. El pensamiento abarcaba ese abismo, lo medía, lo cruzaba y lo sondeaba;

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

pero la voz, pero la pluma no pueden dar cuenta de esas impresiones tan movibles y varias como las olas. Aquella parte del mar, el golfo de Gascuña, es en donde guarda sus cóleras: siempre agitado como la nación que allí toca, cuando no despedaza naves azota escolleras. Los ojos de mi alma estaban deslumbrados ya de puro mirar aquellas olas que serían rojas si las tiñese la sangre de todas sus víctimas, y para descansar los volví a la tierra. La pequeña ciudad enviaba en ese momento humo por todas sus chimeneas. Entre el humo y la niebla del invierno y la bruma marina que se elevaban juntos, se distinguían a intervalos sus campanarios y sus azoteas. Los campanarios son las facciones de las ciudades: ellos les dan cara y fisonomía. Como por allí se acercan los dolores terrenos al cielo, pueden llamarse la chimenea del alma, del alma que algunas veces semeja un vapor y otras una cocina.

La brisa marina deposita su sal en los edificios dándoles un baño de hierro: mármol, granito, madera, todo se reviste de ese color fúnebre que se ve en Londres y en todas las ciudades cercanas al mar. Saint Maló ha recibido también, y más que otras, ese baño de venerable vetustez. En una de las calles paralelas a la playa, y que reciben por lo tanto de lleno el aliento del mar, había tomado una puerta tal color negruzco y tal pulimento, que yo me llegué a tocarla para ver si era la puerta de hierro de una caja fuerte o la de un cuarto; era un portón de roble que tendría siglos de edad y acaso habría presenciado la gloria de la Bretaña. Hoy me contemplaba a mí, simple y desconocido curioso, y probablemente se encogería de hombros entre su marco de sillares de granito al ver lo que sus paisanos hubieran llamado mi *naiveté*.

Ya había acabado de recorrer toda la pequeña ciudad; había examinado atentamente todo su muro circular; sus bastiones hechos para desafiar la artillería antigua y que temblarían al ver la moderna; sus puertas y sus puentes levadizos, que tal vez no resistirían el peso de una ametralladora de hoy como resistían el peso de un escuadrón de guerreros cuando se bajaban ante ellos. ¡Qué diferencia de las guerras antiguas, en que las armas no valían nada y en que el valor era todo! Hoy el valor no vale nada y las armas todo; y un químico de menor cuantía puede hacer producir una explosión bajo los cascos del caballo de Bayardo o del Cid. Por eso la política de hoy es tan innoble y alevosa como sus armas; ya no se combate pecho a pecho, sino espalda a espalda. Aquiles sería derrotado hoy por una combinación de gabinete del Barón von Moltke; en cambio von Moltke no habría alcanzado para el desayuno de un perro de la jauría de Aquiles.

Eran ya las once de la mañana; el camino a la playa estaba perfectamente seco y debía irme a mi peregrinación para poder estarme el tiempo que fuera menester, antes de que viniese la marea. Se lo indiqué, pues, a mi zuavo, y nos dirigimos al punto objetivo de mi romería.

Mas, antes de que lleguemos a él, tenemos que pararnos un rato en esta otra playa, la de los recuerdos, para explicar el motivo que me llevaba a una tumba solitaria. No era solo el tributo de gloria que todos le pagan el que iba a pagar yo también; era algo más íntimo unido a ese tributo.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

III

LA TUMBA DE CHATEAUBRIAND

Niño, muy niño yo, tuve la desgracia de que me enseñaran a leer. La ilustración tomada en conjunto es buena; aplicada distintamente como remedio universal, es mala. Hay personas a quienes se les hace un mal con enseñarles la cartilla temprano, y otras a quienes se les hace con enseñársela tarde. Un sabio, un hombre que para merecer el nombre de filósofo sepa muchas ciencias, no haría aprender la cartilla a todos los niños a una misma edad, así como no afeitaría un barbero a todos los adolescentes al cumplir una misma edad, tuviesen o no barba. Ciertas naturalezas se mejoran dándoles ese sexto sentido que se llama lectura; otras se estragan. La mía necesitaba de algunos años más de vida física, y ésta se acabó para mí con la lectura.

Apenas supe leer comencé a devorar libros, y entre los que devoré se encontraban dos: *El Quijote* y *El Genio del Cristianismo*, que encontré en los estantes de mi padre. Extraña mezcla a primera vista, y venían a ser para mí una misma cosa. Ambos me inspiraron ideas que ya no se usan.

Leía yo muchos años después, en las excelentes pláticas doctrinales del padre Parra, el símil relativo a la educación; la vasija se impregna del primer licor que recibe...

Aquellas dos obras decidieron de mi carácter y con él de mi suerte. No hablaré aquí del *Quijote* por haberlo hecho ya en mi viaje a España, sino de *El Genio del Cristianismo*, que apegándome por todos los hilos del corazón a mi creencia, ¡bendito sea!, me la hizo conocer, sin embargo, bajo un aspecto demasiado poético para mí. Aquel libro hubiera convenido a un carácter austero para darle ternura; el mío se hizo soñador y exageró todo lo que podía exagerarse en mi corazón. Allí vi citados fragmentos de *René* y de *Atala*, y pocos años después, apenas pude conseguir esos dos libros, los devoré igualmente. No habrá un solo lector a quien sea menester advertir que esas dos lecturas son peligrosísimas para los corazones juveniles, y que, por lo tanto, lo fueron para el mío, más débil que otro alguno. ¿Dije que había leído esos dos libros? Hice algo más: los releí varias veces. De allí viene una de mis poesías, *Atala*, que sin tener mérito alguno es, sin embargo, una copia de mis impresiones.

El amor fanático que cobré por el autor de esos libros me hizo leer después todas sus demás obras. Por fortuna *El Genio del Cristianismo* me sirvió de cota contra los *Estudios filosóficos*, y por desgracia *Atala* me hizo desabrida la lectura de los dramas y poesías. Al fin llegó a mis manos aquella obra tardía, innecesaria, tan llena de defectos como de bellezas, tan juvenil y tan octogenaria, en que se pinta romántica la política y llena de política la poesía: hablo de las *Memorias de ultratumba*, escritas con la pluma cansada de un cisne, cánticos preciosos modulados por una Raquel expirante. Pocos lectores, estoy seguro de ello, seremos los que hemos podido acabar ese libro enfermizo, que pudo haber determinado una gloria menos grande que la de su autor; pero aquel hombre ma-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

ravilloso tenía un fondo funesto: grababa en granito tanto sus virtudes como debilidades. Así es que cuando maldice de sus *Estudios filosóficos*, lo que hace es inmortalizarlos. Como el Midas de la fábula que volvía oro cuanto tocaba, hasta los alimentos, así este avariento, de poesía logró, por el abuso de su genio, obtener el mismo castigo: daba gloria hasta a los enemigos que maldecía. Tocó con su espada la sombra de Napoleón para herirla y la hizo más grande. Se encaró con él para exterminarlo y le hizo sagrado con su mirada. La inmortalidad salía de su pluma como la tinta de la mía. Mas su pluma no era pluma; unas veces buril, otras pincel, ponía inscripciones sobre la arena del desierto de Oriente, que el viento no ha borrado, o pintaba sobre una tela desconocida paisajes de los desiertos de América, que no han podido borrarse. Ansioso de la inmortalidad, logró inmortalizar sus mismos dolores, que le acompañaron hasta la tumba. Se embriagó con el vino de las musas y después en vano buscó loto para olvidar. Su misión en Francia fue solemne y dolorosa como la de un profeta; él alzó más altares que los que alcanzó a derrocar una generación entera; pero el aspecto de tantas ruinas enfermó su corazón. Hombre prodigioso, en todos los caminos que se dignó recorrer, obtuvo el primer lugar. Como viajero aclaró o adivinó puntos científicos o históricos. Como político inventó sistemas liberales que después fueron *inventados* en Francia a medias, y sin embargo fueron vistos como un progreso. Como diplomático pudo haber salvado y regenerado la Francia, si sus principios le hubieran permitido obligar a Luis XVIII a que se arrodillara ante él, en vez de arrodillarse ante ese anciano que por ser la encarnación expiatoria de su raza contaba ochocientos años de edad. Como poeta creó un reino de poesía en donde nadie ha vuelto a reinar después de él y en donde están su trono y su tumba. Reedificó los altares al sonido de su lira como Anfión las murallas de Tebas con la suya, y hubiera vuelto a llevar los huesos de sus reyes a San Dionisio, si ese polvo pudiera ser conducido por otro viento que por el del postrer día. Chateaubriand se enorgullece, y con razón, de haber criado el tipo de René, superior al de Wérter; hay que lisonjear su vanidad guardándole el secreto de que René no es una creación sino una copia, y que si es grande es porque es copia del que la pintó. Chateaubriand, que había nacido en Francia y tocado en sus viajes con América, Atenas, Jerusalén, Roma y Granada, fue un sol que pasó por todos los puntos del equinoccio. Vio en su carrera la cuna y el sepulcro de la humanidad, y por un poco de dicha y juventud que encontró en América, duplicó sus dolores embebiéndose en los de Grecia, Jerusalén y Granada. Vio nacer la gran república del norte y morir el gran imperio de occidente; empezar la gloria de Washigton y acabar la de los Borbones. Napoleón, su enemigo y su rival, su amor y su odio, cupo dentro de su vida como una palabra dentro de un paréntesis; y el héroe de Santa Elena, más que de Marengo, murió sin haberse atrevido a decidir si amaba u odioba a aquel poeta, porque cuando se alzó de pie sobre su siglo y vio una muchedumbre de reyes y de naciones caer de rodillas ante él, solo un hombre, hosco pero hermoso, alcanzó a divisar de pie, lejos, pero mirándole frente a frente; desafiando su cólera, pero en poesías inmortales. Ese hombre era Chateaubriand.

Sin embargo aquel rey de su época, vivió abrevado de dolores y todo le fue contrario, desde los reyes, sus amigos, hasta la suerte, su esclava.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

No encontró amor como él lo sentía ni en sus padres ni en su esposa: si Lucila no hubiera sido Amelia habría sido su esposa, y tal vez ese amor hubiera hecho de él un hombre mediano y feliz, porque la grandeza de espíritu no se junta con la dicha del corazón, como los reyes no se hombrean con los campesinos. Nació a orillas del mar en su golfo más tempestuoso y su alma se vació en ese crisol de borrascas. Yace hoy a orillas de él y por primera vez descansa, porque para este espíritu no podía haber otro reposo que el de la tumba.

Su tumba era la que yo iba a visitar, pensando todo esto mientras atravesaba la desierta y arenosa playa, donde quedaban por un momento señaladas las huellas de mis pies, que no debían existir a mi vuelta. Poco durar era éste; pero mucho menos será el de las que deje en otro arenal, el de la vida.

IV

LA TUMBA

Forma la orilla del mar una ribera peñascosa y dentellada, donde si hay peligros durante el temporal en que la invade el mar, en cambio pueden ir las mujeres hasta la orilla durante la bonanza. Esta orilla es tajada y está erizada al pie de rocas agudas que el mar pule y afila al azotarlas. Tras de la temible escollera se ve el monstruo enroscado en un golfo lleno de bajíos y de corrientes. De las rocas para arriba viene una pendiente cascajosa que tiene de vez en cuando algunas hebras de hierba, y que forma una colina. Este islote se llama el Gran-Be. Tras de esta colina hay un bajío arenoso que el mar inunda todas las tardes, y después de este bajío se sube a la otra colina en tierra firme, donde está edificada la ciudad. Salí por la puerta correspondiente, bajé hasta el arenal, lo atravesé, subí la colina solitaria hasta llegar a su cumbre, busqué con los ojos el monumento que deseaba y que está en la mitad de la falda al lado del mar; se le ve solitaria. Yo tenía una falsa idea del monumento: me había figurado *algo* no sé qué de mármol; debía haber no sé qué de adornos griegos, de recuerdos romanos. La tumba de Cecilia Metella que había visto en la Vía Apia de Roma me hacía creer que Chateaubriand hubiera dado la idea de una cosa, si no parecida, de un orden extraño y único. Pero al ver este monumento me sentí herido en mi vanidad, porque había creído comprender al poeta y su genio, y me había equivocado totalmente. El me había engañado como Zeuxis a los pájaros con la sencillez y la verdad. Nada de fantasmagoría ni de aparato: lo que encontré allí y que era tan diferente de lo que había soñado, si hirió mi vanidad artística y mi inventiva, me hizo comprender y admirar al hombre que ya admiraba. Siete pies de tierra, lo suficiente para esconder un cuerpo humano y no un alma, tienen en derredor unas piedras que detienen en el declive la tierra que se amontonó sobre su cuerpo. Encima no hay flores ni se ha sembrado orgullosamente un laurel. Una grama tupida como la de todas las campiñas verdea allí, y a la cabecera plantada entre la cabeza y el corazón del muerto, hay una cruz tosca de piedra común. Una verja de hierro rodea el sepulcro.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

¡Ni un nombre! Mas, ¿para qué nombres? Allí se lee y se leerá siempre: ¡Chateaubriand! Este nombre escrito en un mármol se borraría con los siglos y algún sabio futuro no podría deletrearlo. En vez de mármol se conserva en la memoria de los hombres, más seguro. De generación en generación se irán diciendo al despedirse una de otra y al ver la tumba solitaria: ¡Chateaubriand! En un rico panteón pueden ser violados los huesos por robarse el oro: aquí nadie irá a robar un puñado de tierra por descubrir los restos hechos tierra.

No ocultaré que tuve esperanza de ver la sombra de Chateaubriand sobre su tumba: no ocultaré tampoco que cuando el sol rompió una barrera de nubes, no alcancé a ver otra sombra que la de la cruz sobre hierba verde. Segunda lección para mi vanidad: ¿a qué buscar en los sepulcros otra sombra que la de la cruz?

Gracias a Job, uno puede hablar delante de las tumbas. *Pasé como una flor. Mis días se secaron como el heno. Creo que mi Redentor vive y en el último día me he de levantar de la tierra. ¿Qué es el hombre...? Lo visitas por la mañana y al momento lo pruebas.*

Pero el que ignore las palabras de Job no puede hallar nada delante de esos montecillos que el Rey de la creación forma con sus huesos. En la tumba no puede verse sino la nada o Dios. Una cruz sobre una tumba lo dice todo. El que allí yace creyó y oró, y al morir esperó. ¿Habrá sido confirmada su esperanza? La cruz lo asegura. No se adopta un signo de infamia por mil generaciones, si por algún medio no hay seguridad de que es ya signo de gloria. Un esclavo mendigo muerto un día antes de Jesucristo no hubiera aceptado para su tumba semejante distintivo: un rey al morir, poco después de Cristo, no hubiera pedido para su tumba ninguna imagen, ni la de su corona, sino esa, que pocos años antes recordaba a los esclavos ladrones. ¡Para que esto suceda es preciso que la cruz diga y signifique mucho!

Di la vuelta al derredor de la tumba, lento cual si contara los pasos: ocupé tanto tiempo como el que empleé en derredor de la de Napoleón en los Inválidos. En ambas me preocupaba la historia del muerto. Pero acaban peregrinaciones más largas aún y ésta también acabó. Me senté en el escalón de la tumba y me recliné en la reja que la circuye y recé. Sí, recé: descendiendo de las poéticas regiones de la gloria humana y de la poesía terrena, recé despacio un Padre Nuestro en sufragio de esa alma. Le deseé en prosa cristiana, que es la verdadera poesía, que Dios le diera su eterno descanso y que luciera para él la eterna luz. Largo rato pasé después meditando por qué arte de magia cabía tanta grandeza en tan pequeño espacio. Con el brazo izquierdo enlazado a un balaustre de la reja, reclinado sobre el otro que apoyaba en mi rodilla, permanecí allí buen espacio, mientras mi zuavo, que no tenía ganas de meditar, tentaba un descenso hasta la escollera. Reconstruí mentalmente toda mi vida desde el día en que cayó en mis manos el primer libro del muerto, cuya tumba honraba, hasta ese instante. Vi el ancho corredor de *Casablanca* en que leí ese libro y en que quince años después escribí en la pared el borrador de unos versos a Atala. Poblé aquella casa querida con las som-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

bras de mis muertos y volví a pasar el mar para encontrame allí, solo y desconocido, en una playa de Bretaña, meditando en una lengua que no me entenderán ninguna de las muchas personas que andaban ese día por allí. Volvió el zuavo de su peligrosa excursión, llamándome a gritos que cortaron mis coloquios y ahuyentaron las sombras evocadas. Llegóse él también a la tumba a pedirme noticias sobre el muerto, de quien no conocía sino el nombre. Interesaron mis respuestas a las personas que por allí andaban y se acercaron. Había una pareja de recién casados, unos artesanos y una madre con dos jovencitos. Todos ellos se sentaron en derredor de la tumba; el novio se sentó junto a mí y al lado de él su novia, que cogía una de sus manos entre las suyas. Todo mi auditorio conocía vagamente a Chateaubriand y el que más adelantado estaba sabía que había sido un *guerrero*. Fue menester, pues, rectificarles las ideas. Como yo tenía la palabra y todos oían con atención, menos la novia que no veía sino a su esposo, menos la chiquilla que, como una mariposa, revolaba en torno de la tumba, se estableció un completo silencio en el cual no se oía sino mi voz que en una lengua extraña para mí y despacio, porque no la poseía lo suficiente para hablarla como propia, les contaba la vida del hombre sobre su cadáver. Esto era extraño y extraña también la escena de un americano hablando de un bretón en una playa de Bretaña. De vez en cuando una ola más recia sonaba al despedazarse en los escollos o se oía el viento en una ráfaga más silbadora.

Chateaubriand, les decía yo, nació en aquella casa que se ve allí, y se la mostraba con el dedo, en 1768. Era descendiente de poderosos caballeros y nobles señores; pero su familia había venido a menos con el tiempo, que aumentaba su nobleza y disminuía su fortuna. Sus dotes extraordinarias para la poesía le vinieron de su madre y de un tío materno, que eran poetas. Con el nombre de su padre Renato, el carácter de su hermana Lucila y el suyo, forjó después su *René*, y pintó como escenario de su novela el castillo de Combourgo, en que se crió, y que vosotros conocéis, pues no queda lejos de Saint Maló. Como era segundón, tuvo que labrarse su suerte. Destinado primero a la carrera eclesiástica y después a la de la marina, no siguió ni una ni otra por tomar la de las armas, que dejó por la de viajero. Entonces estuvo en mi América, de donde volvió trayendo una prisionera que había cogido en los desiertos de la Florida, a Atala.

—¡Atala! me dijo la novia; yo la conozco.

Seguramente, la repliqué. ¿Quién no conoce a Atala?

—Yo la he visto en los grabados de una posada. *(Je l'ai vue dans les gravures d'une auberge).*

—Pues bien: esa Atala fue la que trajo de América.

—¿Y se casó con ella?

—No era una mujer: era un carácter, una novela. Las atalas, agregué, no sirven para esposas. Los tipos de pasiones exageradas apenas alcanzan a servir para heroínas de novela.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

A su regreso a Francia su familia le proporcionó un buen casamiento con una señorita noble, bella y rica; tales cualidades no le inspiraron una pasión a ese hombre que vivió enamorado de fantasmas creados por su imaginación. María Teresa de Lavigne, que fue su esposa en 1792, le acompañó hasta su muerte y le sobrevivió. Ella le amó; pero él no la hizo dichosa, aunque sí supo estimarla. Es dado a los poetas cantar la felicidad, pero no sentirla ni darla. Sus musas son celosas y echan amargura en toda copa que no se libe con ellas. El cielo no concedió más hijos a aquel matrimonio que las obras del esposo, hijos que se aman más antes de tenerlos que después de que nacen: tales son los libros. Su nacimiento es tan doloroso como el de los hijos verdaderos; pero una vez nacidos se separan de sus padres y van a sonreír a otras almas.

Siguió la gran revolución que, so pretexto de arreglar los negocios de Francia, torció los del mundo. Chateaubriand, como noble y como bretón, como poeta y como realista, tomó parte en la causa de esos reyes que se iban como los dioses de Roma. Su vida fue entonces una larga carrera de desventuras de que no sacó otro fruto que poder escribir uno de los libros de *Los Mártires*, aquel en que Eudoro cuenta su vida de soldado. Soldado, combatiente, herido y después emigrado pasó a Inglaterra, donde apuró la miseria hasta su último grado: una noche cayó desfallecido de hambre en una calle, y en otra durmió en un cementerio porque no tenía otro refugio, aunque a la verdad es el único que tienen todos los desgraciados, pero no para pasar una noche de la vida. Escribió en esa época su *Ensayo sobre las revoluciones*, libro odioso, volteriano, indigno de su genio y de su corazón. Después se convirtió y escribió en compensación el *Genio del Cristianismo*, que deshizo en pocos días la obra de la impiedad de muchos años. Allí probó que la civilización es cristiana y la barbarie incrédula. Volvió al fin a Francia y obtuvo destinos del mismo Napoleón, a quien se los devolvió airado el día que supo el asesinato del duque d'Enghién. Cuando cayó aquel coloso, a quien él admiraba y odiaba al mismo tiempo, recobró en la corte borbónica el rango debido a su nacimiento noble y a sus servicios. Fue embajador en Roma y después en Londres, donde pasó en carroza por la calle en que un día se arrastró de hambre. Después de alcanzar hasta la dignidad de par, que renunció, y de haber figurado noblemente en las más peligrosas intrigas en favor de los Borbones destronados por los Orleans, se retiró a su tierra de Vallée-aux-Loups que había comprado con el producto de sus obras, y en donde "hacía sombra a los árboles que había sembrado", esperando que se la devolvieran cuando ellos fueran jóvenes y él viejo. Sin embargo, no pudo conservar esa tierra ni su casa de París; fue separándose de todo, y al morir no poseía sino la casa de su madre que se ve allí y estos siete pies de tierra que había pedido de regalo al ayuntamiento de Saint Maló cuando era ministro poderoso. ¿Comprendéis el doloroso apólogo de su vida? De todas sus prosperidades no le quedó sino su tumba. El mismo señaló su lugar, que es éste: desde aquí se ve el balcón de la alcoba de su madre, en que él nació, y el mar que lo arrulló. ¿Comprendéis este otro apólogo aún más doloroso que el otro, y que como el otro puede aplicarse a toda la humanidad? Desde su cuna pudo mirar su tumba.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Para conseguir este suelo de su enterramiento gastó tres años desde el día en que lo pidió hasta el día en que se lo concedieron. El año en que yo nací le dijeron sus compatriotas: "Ahí tenéis ya el lugar de vuestra sepultura, ¡y ojalá esté por largo tiempo vacío!".

Antes de ocupar su sepulcro tuvo que hipotecarlo. En sus últimos años se vio precisado a vender sus *Memorias de ultratumba*, para poder sostenerse y dejar un pan a su viuda para los primeros días del duelo. La Francia, que cubre doce o veinte veces cualquier empréstito que se levante en su nombre, no quiso cubrir ni una el que levantaba en el suyo Chateaubriand, ni el que después levantó Lamartine. Para ambos fue sorda, y ambos tuvieron que vender su sudario. La humanidad ha sido hecha de barro, dice la Escritura, y la Escritura se prueba todos los días.

Yo hablaba, hablaba animado por el silencio de mi auditorio. Mi zuavo azotaba con su varita las escasas hierbas que crecían en las grietas del peñón, y mis dos novios se miraban sonriéndose y entrelazando sus manos, sentados en el borde de una tumba, como lo hace siempre la felicidad en el mundo, mientras el viajero americano les contaba la historia de su mismo compatriota que ellos ignoraban. Yo no hubiera podido hablar tanto en una lengua extraña si no me hubiera servido muchas veces de las palabras mismas del muerto, que se me habían quedado en la memoria cuando leía su libro póstumo en la biblioteca real de París. Así, según he leído en un libro de viajes, había una tribu en América que acababa de matar al enemigo caído con las armas que le quitaba cuando ya no podía defenderlas.

Mi zuavo me recordaba que era hora de partir, porque si no podíamos quedarnos incomunicados cuando la marea viniese a ocupar sus nidos de la noche. Nos levantamos para irnos, pero antes metí tres veces mi brazo por entre la verja de hierro, arrancando en cada vez un puñado de grama, y destinando cada uno para dos amigos que tenía en mi lejana Bogotá y a quienes conocía como admiradores del mismo que yo admiraba: el tercer puñado era para mí. Chactas, dice Chateaubriand, guardaba una magnolia del desierto que le había dado Atala; yo quiero guardar conmigo unos hilos de la hierba que cubre los restos del cantor de Atala. Los otros son los que envío a ustedes, amigos míos, y he ahí la historia del manojito de hierba.

Aquí debía concluír esta carta, pero una vez que la pluma empezó a correr descifrando recuerdos, tengo pena en cortarlos quedándome en la mitad de mi jornada. Todo ese día y el siguiente fueron solemnes para mí, y por lo tanto seguiré mi relación hasta donde la pluma se canse. Así como le puse prólogo, he de ponerle epílogo a la relación de ese viaje, pues realmente aún no he concluído con Chateaubriand. Me falta nada menos que ir a la *casa donde vivió*, como dice mi amigo Trueba en una de sus bellas poesías.

Cuando les canse esta relación, sírvanse ustedes avisarme, apagaremos entonces la lámpara que nos está alumbrando y que sirve de pretexto para prolongar la velada.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

V

LA CASA DONDE VIVIO

Nos despedimos de la tumba y emprendimos el camino volviendo a saludarla en el recodo en que la perdí por última vez de vista. Pasado aquel recodo de la angosta senda, ya no se ve sino la bajada a la ciudad, que va a perderse en la playa. Volví a pasar por ella: la marea ya venía avanzando lenta al principio, precipitándose en tumbos después. La primera ola era bebida por la arena: apenas daba un paso se perdía; pero la segunda pasaba sobre ella e iba a morir un poco más allá. La tercera avanzaba sobre ambas, moría también y servía de calzada a la siguiente. Aquello era en pequeño un campo de batalla en que las primeras filas preparan con su muerte el paso a las últimas. Yo bajaba embebecido en ese juego doloroso y pensando en que en la naturaleza toda muerte abre paso a una vida, como toda vida da origen a una muerte. Cuando llegamos al fondo del arenal y atravesábamos el lecho de la marea, ya esta lo había humedecido todo, avanzaba y se retiraba como un niño jugando en el prado; pero cada vez avanzaba más y se retiraba menos, dejando atrás una prolongación del mar. Así es el dolor en la vida, pensaba yo: va ganando terreno a fuerza de lágrimas hasta que por fin lo inunda todo y se une con la muerte para formar un solo mar. Mi zuavo me seguía, recogiendo algas secas y hierbas marinas que probablemente venían del otro lado del Canal, de ola en ola como va la vida de ilusión en ilusión: unas llegan y otras se engolfan. Los dos novios triscaban como corderillos, persiguiéndose. Ella, como todas las Galateas, huía para hacerse alcanzar y trataba de esconderse; *se cupiens videri.* Por aquí recogía conchillas, por allí fingía que se iba a entrar en el agua, con gran susto de su novio, que seguía sus pisadas que se grababan en la arena ya húmeda.

Aquella Galatea bretona me recordaba en todo a la de Gil Polo, que

Junto al agua se ponía
y a las ondas aguardaba,
y al verlas llegar huía;
pero a veces no podía
y el blanco pie se mojaba.

Y al ver aquella copia fiel de un cuadro antiguo y cómo huía de su novio, que la seguía sin cesar, completaba yo el cuadro recitando la otra quintilla:

Ninfa hermosa, no te vea
jugar con el mar horrendo;
y aunque más placer te sea
huye del mar, Galatea,
como estás de Licio huyendo.

Al fin pasamos el hondo pliegue del terreno donde empieza la subida para la ciudad: estábamos ya fuera del dominio de la marea. Desde allí veíamos allá abajo sus progresos: el agua filtrándose lateralmente iba a llenar las huellas que habían quedado estampadas en la arena húmeda,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

marcando así el camino adelante enlazados por las manos, envidiados pero no envidiosos. Había en las miradas de él una expresión de profunda ternura al ver aquella joven que era suya, y en los de ella ese sentimiento casi filial de la mujer por el hombre a quien pertenece, de quien se reconoce esclava porque sabe que es su esclavo. ¡El amor es una esclavitud mutua, por eso es tan dulce!

La corta y tortuosa salida terminó en la puerta de la ciudad. Allí me despedí de ellos con un adiós para siempre que nos dijimos no sin pena, y seguí solo con mi zuavo. Este me guió por calles traviesas a la casa de Chateaubriand, que es hoy un mesón. En las paredes de la calle un gran letrero anuncia el mejor timbre de aquella casa secular: que allí nació Chateaubriand. Entramos por el portal al patio solitario. Mi imaginación me prevenía para ver cosas maravillosas en aquella mansión de un hidalgo de antiquísima estirpe; pero no encontré nada de particular, sino su soledad y su tristeza. Una mujer nos concedió el permiso para subir y nos dio la llave de la estancia del segundo piso, donde se conserva el recuerdo del grande hombre que allí vivió. Los otros cuartos están ocupados por huéspedes, y uno de ellos, joven ilustrado, a cuya puerta llegamos en demanda de la cámara que buscábamos, al oírla, quiso ir a dirigirnos. A los pocos pasos nos encontramos un corredor descubierto, al fin del cual hay una puerta encima de la que se lee que allí nació Chateaubriand. Introduje en la cerradura la llave que me había dado la portera y entramos. Es un aposento cuadrado e incomunicado con las piezas vecinas, con salida a un corredorcito casi oculto entre los techos de las casas contiguas y con vista al mar. En un lado y en la mitad está el lecho, antiguo en su forma; a uno y otro hay en la pared dos magníficos grabados que representan escenas de Atala. Al pie del lecho y en la mitad del aposento hay una mesa y tres sillones dorados, viejísimos, reclinados contra el lecho; en el suelo un hermoso tapiz gobelino muy viejo. Al frente está la chimenea y encima de ella un espejo. A la derecha un excelente retrato al óleo del poeta y a la izquierda el cuadro heráldico de los Chateaubrianes.

El lecho está preparado con todas sus ropas. Los viajeros ingleses pagan cincuenta u ochenta francos por dormir en él una noche, y de esta manera se ha hecho una especulación para el arrendatario de la casa la conservación de aquella cámara, que sin tal aliciente no se conservaría. Las reliquias del poeta son guardadas no por respeto, como la piadosa anciana de Megara guardaba los de Filopemen: en el siglo XIX se conserva solo lo que produce dinero.

Propúsome mi zuavo que durmiera yo aquella noche en el lecho y rechacé la propuesta. Yo no era rico para hacer tales gastos, y aunque lo hubiera sido tampoco habría admitido. ¿A qué alzar un insecto del suelo para acostarlo en el nido de una águila?

En ese lecho visitado por la diosa Lucina en la noche del 4 de septiembre de 1768 nació Francisco Renato de Chateaubriand, y veinte días antes, el 15 de agosto, había nacido en una isla francesa un niño llamado Napoleón Bonaparte. Alejandro precedía a Jeremías: la espada se templaba antes que se encordase la lira. ¡Singular destino el de esos dos niños nacidos en las playas marinas y con almas tan grandes como el mar mis-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

mo! Aunque nacían casi al mismo tiempo nacían bajo constelaciones diferentes, y el mar que arrullaba ambas cunas ignoraba que en aquella playa crecía un león y en esta un cisne. La revolución francesa, que en esos momentos comenzaba ya a rugir, no sabía que en esos dos niños estaban ocultos sus vencedores.

Pocos años pasaron y la misión de uno y otro fue cumplida. El uno rehizo el trono galo y llevó sus legiones a todos los puntos del viejo mundo: el otro volvió a levantar la religión, y llevó sus suspiros a todos los puntos del nuevo y del antiguo mundo. De la obra del primero, la resurrección del trono de Clodoveo, no quedó nada; de la del segundo, la resurrección de la religión de Clotilde, quedó todo. La lira fue más poderosa que la espada, y sin embargo, el dueño de la espada se creía el fuerte. El león cayó en el arenal y el cisne se remontó al espacio. Este, comprendiendo mejor los dolores de la vida, volvió a descansar a orillas del mar junto del cual nació; aquel, comprendiendo peor las miserias de la gloria, volvió a las orillas del Sena que tanto amó. Napoleón tiene tres tumbas: Waterloo, Santa Elena y los Inválidos. Chateaubriand una sola.

Salime al balconcito y me recliné en la baranda: desde allí se ve todo el mar y a poquísima distancia el islote del Gran-Be, y en él el cercadito de hierro que marca la tumba del poeta. Si desde su tumba se ve la cuna, desde esta se ve aquella. Ochenta años gastó ese glorioso peregrino en recorrer el espacio que media entre las dos, y que sin embargo puede recorrerse con una mirada de soslayo. Un niño lo andaría en un mes, una oruga en un año; y él gastó ochenta dando la vuelta por todo el mundo. Así, la peregrinación de los hebreos duró cuarenta años en atravesar una región que hoy atraviesa el viajero en pocos días, porque ellos se paraban en cada prevaricación y él toma el camino recto sin pararse sino una que otra vez para hacer beber su camello.

En aquel momento, las cinco de la tarde, la marea había ocupado ya todo su lecho nocturno; el brazo del monstruo había vuelto a unirse con su cuerpo, y la tumba del poeta se veía en ese instante como debe verse mejor: rodeada de agua, rodeada de océano. El es en ese instante el único habitante del islote, y todos los días, durante doce horas, se aísla del universo conocido quedando a solas y faz a faz con el cielo y con el mar.

Anochecía ya. La pálida luna de invierno luchaba contra la luz moribunda del día y yo tenía que ir a hacer mis preparativos de marcha. Volví al cuarto y sentado en la silla dorada del vizconde de Chateaubriand, escribí al pie de mi nombre en mi tarjeta las palabras de René al volver al castillo de sus padres: "Venía a buscar lágrimas y recuerdos", y la deposité en el espejo de la chimenea: última memoria que dejaba yo al poeta que tanto amé en mi infancia y en mi juventud.

Saliendo de aquella estancia y de aquella casa me volví a la mía, donde después de la comida bretona tuve un rato de sabrosa velada hasta las nueve en que vino a llevar mi equipaje un mozo de cordel, con quien me trasladé a bordo de la *Fanny* para no tener que levantarme a las tres de la mañana, hora en que debía partir el buque para Inglaterra. Mi protector, M. Godín, me había obtenido este favor que no se concede a todos los pasajeros. A las tres de la mañana, en efecto, me despertó el ruido de

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

la tripulación que levaba el ancla, y cuando apareció el pálido sol de invierno, ya la cáscara de nuez en que íbamos luchaba a brazo partido con el furibundo Canal de la Mancha.

Como saben ustedes, amigos míos, el Canal es un mar que se entra por un angosto caño. La Inglaterra, situada frente a Francia, es quien forma aquel estrecho por donde pretende pasar todo el mar, que semeja allí un río. Incómodo en el angosto lecho, mientras recobra su libertad, se agita y se azota, viniendo en estado de tempestad hasta que sale al otro lado. Ya se me hacía insoportable el continuo y extremado movimiento, cuando por ahí a las dos de la tarde obtuvimos un breve descanso, porque el buque llegó a Cherburgo a dejar pasajeros. Cerca de una hora estuvo parado en la mitad del puerto, abrigado por las obras de arte que se le han hecho; y yo, parado en el puente, y sin permiso de pasar a tierra, me estuve conociendo con el anteojo aquella bonita ciudad que debe su moderna existencia al amor con que la distinguió la bondadosa emperatriz Eugenia. El buque se puso otra vez en movimiento, y yo permanecí en el puente viendo perderse la costa francesa que ya no volveré a ver. Saludé esa tierra ya querida para mí recitando aquellos versos de María Estuardo al dejarla:

¡Adieu, beau pays de France!

A las ocho de la noche entramos a Southampton: me acosté en el salón de espera de la estación, gozando de un gratísimo fuego que ardía en la chimenea y sin dormir; pues las memorias en que divertía mi pensamiento me desvelaban, oí sonar la una de la mañana y con ella el pito del ferrocarril que partía para Londres. Di un salto al coche, y cuando el sol hacía vanos esfuerzos para probar su supervivencia mostrándose en el horizonte, atravesaba yo las calles de Londres en el coche que había tomado al dejar el del ferrocarril. Al atravesar las calles que rodean a Oxford Street, donde debía encontrar el mesón cuyas señas había dado a mi cochero, mi imaginación, que no había olvidado aún a Chateaubriand, me traía la imagen del poeta tambaleando de hambre en esas mismas calles durante la proscripción. Pasó aquella hambre, vino después la prosperidad y la gloria hasta saciarse de ella; pasó todo *eso* también, y hoy no queda de lo uno y de lo otro sino lo que queda de todo hombre: una tumba de la cual arranqué este manojito de hierba, que remito a ustedes, amigos míos, como una doble memoria del poeta que admiramos y del que es de ustedes verdadero amigo.

(De la *Revista de Bogotá*, 1871-1872).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.